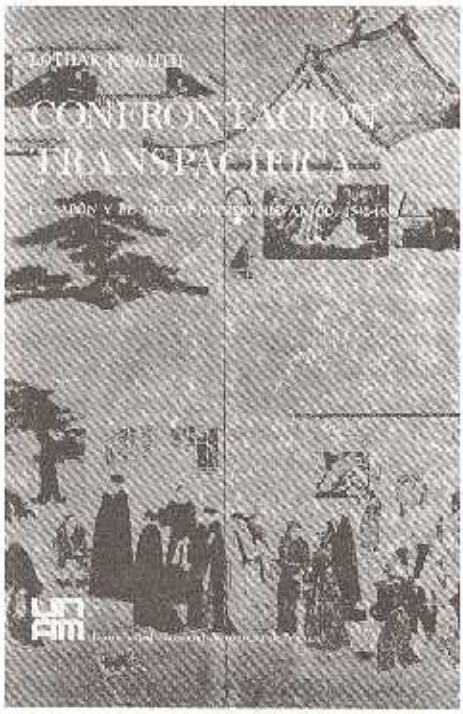
Confrontación transpacífica. El Japón y el Nuevo Mundo hispánico 1512-1639*

Lothar Knauth



Inscrito en una larga tradición historiográfica varias veces secular, el libro de Lothar Knauth viene a llenar, por medio de una magistral síntesis, una laguna en la historia de la expansión imperial hispánica del siglo XVI. Este proceso, del que muchos especialistas han hablado sin conocerlo, se ha presentado a menudo a los ojos de los "diletantes" de la historia como un capítulo exótico de la historia europea: ecos de la historiografía ilustrada, cuya frivolidad —quien lo dijera— tiene preclaros representantes en la actualidad.

Ardua era la tarea por la abundancia de fuentes impresas, no sólo contemporáneas sino también de los siglos XVI, XVII y XVIII, amén de la copiosa documentación inédita que se encuentra en los archivos de México y España. La recopilación de este material representaba una labor gigantesca, de tal forma que no nos debe extrañar la ausencia de algunas fuentes que hubiesen venido a corroborar las tesis de Knauth. Omisión excusable en algunos casos y sobre todo en el que aquí analizamos, ya que el autor quiso enfocar el proceso expansionista hispánico usando primordialmente fuentes japonesas que permitiesen una visión desde el "otro lado", colocando como en un mural la ingente masa de material disperso y que resultaba a los ojos de muchos como incoherente y difuso.

* Lothar Knauth, *Confrontación transpacífica. El Japón y el Nuevo Mundo hispánico, 1512-1639*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1972, 423 p., Ilus., mapas (Serie de historia general; 8). Hemos creído conveniente reproducir esta reseña, a 25 años de aparecida en *Historia Mexicana*, vol. XXIV, núm. 2, octubre-diciembre, 1974, pp. 308-315, para mostrar la pertinencia y vigencia de uno de los mejores trabajos de Lothar Knauth.

Siguiendo las pautas marcadas por textos ya clásicos sobre la expansión europea, como los de J.H. Parry, Knauth empieza por darnos una visión de conjunto de los protagonistas de lo que él llama —con un término poco afortunado— "confrontación": la España y el Japón de los siglos XV y XVI. Este enfoque introductorio resulta valioso ya que permite al autor y al lector, correr con desembarazo en los capítulos subsecuentes.

Las etapas de la expansión hispánica (1521-1565) son narrados en forma sumaria hasta llegar al famoso tornaviaje de Urdaneta (1565), hecho que destacó la importancia de Acapulco en particular y de la Nueva España en general, en el proceso imperialista transpacífico. Juntamente a esta descripción de tan interesante y a menudo injustamente olvidada trayectoria de la tentativa hispánica, Knauth pone de relieve la importancia de la maquinaria burocrática española tendiente a concertar y armonizar los movimientos de sus vastos dominios. Esto permite al lector captar los alcances de la colonización filipina y la instauración y progresos de la administración eclesiástica y secular ahí instalada (1583-84). El contacto con Cipango y China no tendría significado sin la pormenorizada descripción lograda por Knauth. Asimismo, es digno de mención el hecho —en torno al cual el autor hace girar buena parte de la dinámica de su espléndido trabajo— de la unificación de las coronas hispánica y portuguesa (1580). Esta circunstancia, (olvidada o tratada sólo de paso por algunos autores, llegará a ser en ciertos pasajes el *leitmotiv*, de lo que Knauth llama acertadamente la expansión por "rutas alternas" hacia el Oriente, sea por el Cabo de Buena Esperanza o bien por el Estrecho de Magallanes. La unión hispano-lusitana jugará un papel preponderante en el "fracaso" de la expansión hispánica transpacífica. Sin esta premisa resultaría inexplicable mucho del juego político que el autor quiso sacar a luz, sobre todo en lo referente al papel desarrollado por la Compañía de Jesús en Asia en la segunda mitad del siglo XVI.

En este punto detiene Knauth su descripción para enfocar la lente en sentido contrario. En buena medida este juego de "ir y venir" le permite configurar un proceso casi dialéctico que a la par de darle agilidad a la narración, permite captar los entretelones de lo que hasta ahora sólo había sido esbozado superficialmente: el fracaso de la idea imperialista hispánica —tal como Oviedo o Gómara la concibieron— ante una estructura de poder alejada totalmente de los patrones europeos de política internacional.

La importancia del shogunado se perfila después de las pugnas feudales entre lo que el autor llama "clanes seglares". Esa "dictadura militar", *avant la lettre*, es descrita con pormenores verdaderamente chinescos, de tal forma que los que estamos acostumbrados a la lectura de textos europeos referentes al Japón y a China, se nos ocultaba en buena medida la íntima naturaleza de esa "institución" político-militar. Knauth muestra la consolidación del shogunado desde la época de Minamoto Yoritomo en el siglo XII, pudiendo con ello explicarnos muchas de las incógnitas de la evolución política, económica y social del Japón entre dicho siglo y el XVI. Las pugnas y rivalidades —abiertas o solapadas— entre las diferentes y poderosas casas van delineando el proceso de unificación nacional japonés, por un aparentemente sencillo proceso de eliminación, de tal forma que cuando llegamos al siglo XVI, sólo un análisis verdaderamente serio del material disponible y un profundo conocimiento del espíritu japonés hubiese permitido lograr una narración que no cayese en el caos.

Knauth alcanza aquí una de sus mejores síntesis. Pese a la gran cantidad de datos, podemos asir con facilidad los hilos de la narración, en la que el autor va destacando, en una especie de narrativa pluridimensional, el papel de las fuerzas políticas, sociales y religiosas, de tal forma que cuando aparece la figura a la vez trágica y vigorosa de Oda Nobunaga (1560), el autor bien pudo descansar y recapitular. Cuando Knauth introduce la personalidad del "heredero" de Nobunaga, Toyotomi Jideyoshi, el planteamiento de la "confrontación" está ya dado, pero el autor —quien insiste en no dejar cabos sueltos— pone de relieve la "afluencia" de la nueva aristocracia militar japonesa, proveniente de capas sociales bajas, que se pone en situación de igualdad con la vieja aristocracia hereditaria. Este hecho será un factor determinante del desplazamiento —si bien transitorio— de lo que el autor llama "valores tradicionales" y en un momento en el que el neoconfucianismo aún no se manifestaba abiertamente. Esta coyuntura favoreció sin duda el éxito de los primeros contactos hispano-japoneses, y muestra que lo que después sería ya una "empresa fracasada" no era tal en la penúltima década del siglo XVI. La actitud de Jideyoshi hacia los cristianos en este primer momento resultaba muy sugestiva y revela una faceta poco conocida de la política japonesa.

El capítulo a la vez central y más interesante a nuestro modo de ver, es el referente a la Compañía de Jesús y su labor misionera en el Japón. Esta "guardia pretoriana de la Contrarreforma" emplea una novedosa táctica evangelizadora. A pesar de la erudita investigación hecha por Knauth en torno a la labor jesuítica en Asia, nos parecen un poco tajantes ciertas afirmaciones suyas en lo referente al espíritu de la orden y a su sujeción "sin remedio" al curso de la Contrarreforma (p. 94). No coincidimos con el autor en su idea que sostiene que para el año de 1574 la orden de Loyola se había "separado por completo de los intereses nacionales de España", afirmación que requeriría calar más hondo en los textos a efecto de apoyar un poco mejor tan discutible afirmación. Sí coincidimos, empero, con el autor en su censura de la historiografía anglosajona y, añadimos nosotros, de sus epígonos españoles o hispanoamericanos, quienes al afirmar que España ha perdido dos veces la batalla y al comunicar su "desprecio por la experiencia ibérica" ante las generaciones de estudiosos de los siglos XIX y XX, no hacen sino revivir aspectos de la peor "leyenda negra", declamatoria y ditirámbica. La seriedad de dichas afirmaciones deja mucho que desear en cuanto al conocimiento que se declara tener de la historia de Europa.

Desde el primer contacto jesuita con Japón (1549) en el que aparecen personajes de relieve tales como Cosme de Torres y Francisco Javier, ya presentimos el fiasco de la labor jesuítica. La imposibilidad de manipular a las élites japonesas fue un hecho conocido por la Compañía desde esos primeros años. La terquedad jesuítica y la pugna luso-española harán el resto y aunque la labor diplomática del padre Valignano "gran defensor del monopolio misionero jesuita" (p. 184), se anota un triunfo, la empresa ya había fracasado de hecho para 1580. La nueva política de consolidación nacional emprendida por Jideyoshi (pp. 111 y ss.) marca el punto de inflexión de las relaciones hispano-japonesas. El proceso en los años siguientes será en muchos aspectos irreversible. Así, la expulsión de los jesuitas en 1587 no es más que la patente manifestación de esta ruptura: "el plan jesuita de controlar los territorios locales y manipular a los señores regionales, sin considerar para nada los intereses japoneses, había fracasado por completo" (p. 117).

Knauth llama atinadamente a lo que sigue "uno de los capítulos más sombríos" del galimatías luso-español al que había de sumarse el de franciscanos y jesuitas. La pugna tetragonal acabó con lo poco que quedaba por salvarse. La muerte de los veintiún franciscanos españoles es una de las peores y más detestables páginas de la historia de la Compañía de Jesús cuya nefasta e hipócrita política es exhibida por Knauth con claridad e imparcialidad notables. La actividad del obispo jesuita Martínez y su tortuosa diplomacia pro lusitana no se detuvo ni en el sacrificio de los mendicantes, si con ello lograba apuntar un triunfo a la política antiespañola de Portugal que, por otra parte, no era tan *sotto voce* como Knauth a veces insinúa.

Un primer epílogo, aventura el autor, al final de esta sección y a un poco menos de la mitad de su obra (pp. 140-143). Embarcado en el clásico estilo de las "vidas paralelas" Jideyoshi-Felipe II, pronto desiste afortunadamente de su iniciativa y se concreta a recapitular. Aunque el paralelismo resultaba ilustrativo, la intención de Knauth, veinte siglos después de Plutarco, aunque de buena fe, era totalmente obsoleta. Pero los devaneos geométricos de Knauth revelan de nueva cuenta a la historiografía tradicional y puramente descriptiva, lo no evidente: los componentes religiosos y políticos de la unificación japonesa y española: "una ideología unificada y un marco religioso común". El paralelismo no lleva sino a contrastar el fracaso en Japón de los métodos utilizados por los jesuitas en Europa. Lo que en el Viejo Mundo fue el apoyo al poder central, en el Japón, la "caballería ligera del Papa", o sea los ignacianos, fracasarían, no por otra causa sino por que los reactivos no se catalizaban con la misma diplomacia y el poder central resultaba ser aquí el obstáculo. La paradoja resultaba muy sugestiva.

Desde 1598 la política de Felipe II no hace sino estrellarse impotente —y excluyente— frente a un nuevo juego de poderes que hacen cada vez más compleja la situación, pese a que en los primeros años de la siguiente centuria el papel de la Nueva España —con sus mercados, minerales y situación geográfica— allanaba el camino a una nueva tentativa de acercamiento transpacífico. La ofensiva diplomática española nuevamente inadaptada, se enfrenta con las mismas armas a un Japón unificado y fortalecido ideológicamente bajo los Tokugawa.

La penetración de holandeses e ingleses, quienes, aprovecharan, entre otras cosas, la lentitud de la pesada burocracia española para filtrarse con habilidad en el prometedor imperio hispánico de ultramar, logra sus primeros triunfos. Las guerras sostenidas con los protestantes, donde quizás España se vio en muchos casos arrastrada como campeón pírrico de la contrarreforma católica, y la separación de Portugal, liquidaría muchas de las ilusiones españolas.

En un proceso de contracción y consolidación, el gigantesco imperio hispánico de ultramar sólo conservaría para sí las Filipinas, y abandonaría a otros países de Europa, —menos preocupados por la conquista espiritual que por la apertura de mercados— a la China y el Japón. Este repliegue lo atribuye Knauth, y con razón, a esa nociva obstinación de inspiración contrarreformista, que, cerrada y confiada, llevó a España a exaltar y aceptar solamente sus propios valores. Esto le impidió "molestarse en investigar otras formas de conducta socio-religiosa" (pp. 261-62). La labor de franciscanos y dominicos

resultaba extemporánea. Sus querellas con los jesuitas no hicieron sino fortalecer la tendencia unificadora japonesa, además de que, como dice el autor, "el desprecio a la tradición japonesa fue sin duda la raíz de todos los males". Esta actitud excluirá en un primer momento al cristianismo hispánico y cuando los intereses protestantes aprovechan la coyuntura y hacen el juego a los dirigentes japoneses, excluirán también a los mercaderes ibéricos. Con una nueva mentalidad mercantil y con un concepto bien definido del poderío político basado en el económico, Holanda e Inglaterra se disputarán el botín asiático en detrimento de España y por tanto también de la Nueva España, cuyos mercados y puertos se cerraron (p. 289). El hábil juego de los Tokugawa favoreció esta situación. Respetando al poder central aunque sólo fuera en apariencia, y aceptando tener sólo intereses económicos y no proselitistas o doctrinarios, aquellas dos naciones protestantes lograron captar la simpatía del shogunado con la consiguiente —y esperada— apertura de sus mercados.

Aquí termina Knauth su "confrontación" que lo es tal en la medida en la que opone dos visiones europeas totalmente diferentes frente a un objetivo común: la imperial y ecuménico hispánica (la *Hispania Victrix* de Gómara, que resultaba inoperante en el siglo XVII al lograr España su máxima capacidad de expansión), y por otro lado la más moderna concepción nacional y, particularmente capitalista y protestante, tal y como Max Weber la definió, de Holanda e Inglaterra.

Sí hay "confrontación" pero no entre España y Japón, sino entre las potencias europeas y esta última no sólo fue "transpacífica". El título de la obra es pues engañoso y sólo parcialmente exacto. Por ello Knauth, con un simplismo poco congruente con lo que ha expuesto en su obra, concluye diciendo que la "confrontación" entre Japón y España "terminó en empate". Conclusión ligera y difícilmente aceptable y que abre una incógnita a la interpretación de los sucesos euro-asiáticos de los siglos XVI y XVII.

Muy pocas apostillas se le pueden poner sin embargo a tan vasta e interesante obra tomada en su conjunto. La erudición desplegada por el autor, tan befada últimamente por la lírica intelectual contemporánea, hubiese llegado a abrumar de no ser por el toque literario, ágil y versátil, de su colaboradora Amida de la Vara. El lector lejos de sentirse "atrapado" es consciente de que lo ahí expuesto tiene un sólido basamento doxográfico. La bibliografía muestra que la investigación no recurrió a artificios que pudiesen ocultar lagunas por falta de documentación. Un trabajo de esta índole no podía menos de apoyarse en una amplia investigación donde la erudición —y aquí más que en otras investigaciones— debió jugar importante papel.

No obstante lo anterior, percibimos dos omisiones bibliográficas a nuestro parecer capitales. Primeramente la *Historiae Societatis Iesu* de Nicolao Orlandino (Roma, 1615), que comprende la historia de la Compañía de Jesús en los primeros años y que creemos hubiese sido de gran utilidad para la comprensión de la diplomacia jesuítica. En segundo lugar notamos la ausencia de una obra básica para la historia del período investigado por Knauth. Se trata de la *Historia y relación de lo sucedido en los reinos de Japón y China*, del jesuita Pedro Morejón (Lisboa,1621) y aunque este sacerdote es citado por el autor todo parece indicar que no tuvo acceso a tan importante crónica.

Es indudable que una crítica interna de la obra nos revela asimismo la objetividad con que el autor trabajó sus materiales. (Recientemente un inteligente escritor se ha referido a

esta labor del historiador con términos poco usuales. La ha llamado: "la supuesta objetividad de la ciencia histórica". Esta crítica, que se nos antoja improvisada, nos llevaría a abundar aquí sobre un tema tan antiguo como inútil e insoluble. No es éste el lugar para volver sobre el asunto; bástenos decir que es inaceptable de todo punto esa teoría trasnochada y anacrónica, propia de filósofos improvisados, que "objetivamente" pretenden criticar la objetividad del conocimiento histórico).

El libro de Knauth, por su mismo carácter erudito y de disertación a alto nivel académico, va dirigido a los estudiosos verdaderamente serios de estos temas, de ahí que no pueda pretender conquistar "mercados de consumo". Peculiar noción la de aquéllos que piensan que la labor intelectual y en particular la histórica es mercancía regida por leyes de oferta y demanda. Mucho se desconoce la labor del historiador cuando se la critica en términos mercantiles de fisiócrata dieciochesco.

Knauth nos ha dado pues una obra digna de encomio en muchos aspectos, el mayor de los cuales es ciertamente el haber ayudado a restituir en su justo punto el papel de España en el Pacífico en el siglo hispánico por excelencia. Obras como ésta y en ediciones tan cuidadas (baste sólo pensar en el glosario que figura al final de la obra), indudablemente representan un logro, tanto intelectual del autor como editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México del que nuestro país puede sentirse orgulloso.

Reseña de **Elías Trabulse**